

El Liceo Mexicano

De 1821 a 1867 los hombres que tomaron a su cargo la tarea de la cultura en México hubieron de realizar grandes esfuerzos porque la inestabilidad imperaba en todos los órdenes de la vida, hacía de ésta un drama cotidiano ubicado entre dos polos irreconciliables: monárquicos o republicanos, centralistas o federalistas, conservadores o liberales. La labor de aquellos mexicanos confundidos ante la novedad de la independencia, inseparable por ello de un matiz político, se interesó, entre otras cosas, por reorganizar las instituciones y definir un perfil cultural de la nación. Se fundaron asociaciones como la Academia de Letrán y se dio forma a diferentes clases de publicaciones: periódicos, folletos políticos, revistas, calendarios, almanaques y libros. Sin embargo esta labor se vio coronada hasta 1869, fecha de la publicación de *El Renacimiento*, la revista organizada por Ignacio Manuel Altamirano donde se alcanzaría la tolerancia y se establecerían las bases de la concordia.¹ De esta forma, el fruto de las Veladas literarias y otras

¹ En *Revistas mexicanas en que se inicia el Modernismo*, tesis de Maestría de Margarita Fierro González (México: UNAM, 1951) se señala la importancia de las Veladas literarias del grupo de Altamirano -1867 a 1868- por la función que desempeñaron como ambientación necesaria para la concordia. El significado de estas reuniones fue definido por el propio Altamirano en un volumen que llevó precisamente el título de *Veladas literarias* (1867) y que daba a la luz trabajos de Prieto, Cuéllar, Peredo, Altamirano y otros concurrentes, anotó el Maestro: "Las poesías que contiene este libro son los primeros acordes de la lira mexicana, modulados bajo la oliva de la paz. De regreso al hogar después de las batallas hay una fiesta de familia, en la que los poetas se estrechan como hermanos y ensayan de nuevo sus cantos favoritos. El soldado recuerda sus campañas, el viajero recuerda sus viajes y el expatriado vuelve conmovido a visitar las tumbas de sus padres.

Todos en su retorno vienen a abrir una página literaria en los anales de México. Recuerdos, impresiones y fantasías, los ayes del infortunio y los himnos de la victoria. He aquí el espíritu de las Veladas literarias." Este espíritu fructífero y en 1869 apareció *El Renacimiento* en cuya introducción el guía insiste con orgullo: "Fue tan palpable el resurgimiento intelectual iniciado por las Veladas que pocos meses después los folletines estaban llenos de artículos literarios, la política abría campo en sus diarios a las inspiraciones de la poesía, las prensas se agitaban constantemente dando a luz novelas históricas y filosóficas y tres o cuatro periódicos aparecían consagrados exclusivamente a la literatura." Esta apreciación de Altamirano sobre las Veladas -que según Huberto Batis pronto degeneraron en festines- ha sido retomada en diversos estudios del periodo literario que se inició con la restauración de la República. Alicia Perales Ojeda (*Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: UNAM, 1957) y Margarita Fierro lo reproducen bajo la tutela de José Luis Martínez quien destaca su importancia en los análisis minuciosos y eruditos que ha publicado sobre la obra de Altamirano.

asociaciones científicas consistió en la apertura de espacios para la creación y la crítica cada vez más ajenos al trajín de la política. Acerca de la importancia de las asociaciones culturales en el siglo XIX ha escrito José Luis Martínez:

Las asociaciones culturales fueron un recurso para suplir, con la enseñanza y el estímulo mutuos, las funciones que corresponden a los institutos de cultura superior, entonces inexistentes. Además, en aquella época de persistente inquietud e inestabilidad y de agudo sentimentalismo, la fraternidad era también factor importante. Los escritores se reunían donde les era posible, casi siempre a la sombra de antiguos conventos o colegios; no contaron nunca con protectores y no seguían formalidades de actas. Para ser considerado miembro de una asociación solía bastar la proposición de uno de los socios y la presentación de un trabajo. Su ritmo de aparición es un buen signo de la importancia cultural en cada una de las épocas. Mientras que en el periodo de 1836 a 1866 su número asciende a 32, en el siguiente, de 1867 a 1889, alcanza su mayor auge hasta llegar a 124, para luego descender, en los últimos años del siglo, a 28.²

No todas las agrupaciones lograron sus propósitos³ pero determinaron un clima propicio para el desarrollo intelectual y la búsqueda en otros horizontes. En el periodo de 1867 a 1889, en el que se llegó a la cifra de 124, según la contabilidad anotada y de acuerdo con el mismo investigador, las asociaciones que se distinguieron fueron: la Sociedad Nezuahualcoyotl (1868-1874), la Sociedad de Libre Pensadores (1870-?), la Academia Literaria de Mérida (1875), la Socie-

² "México en busca de su expresión" en *Historia general de México*. t. 3, México: Colegio de México, 1976, p. 308. Alicia Perales Ojeda cita las estadísticas sobre las agrupaciones literarias y científicas mexicanas de 1875 y 1876 que hicieron la revista *Eco de América* de Buenos Aires (1876) y Francisco Pimentel en su *Historia crítica de la poesía* (1892): la primera considera 68 y el segundo 73. *Op. cit.*; p. 150.

³ José T. Cuéllar fue junto con Altamirano, precursor del resurgimiento de asociaciones y revistas literarias al triunfo de la República. Su modelo a seguir era el Liceo Hidalgo pero con un nombre que reflejase la amplitud del tema, así llegó a columbrar el Liceo Mexicano, y si el proyecto de *Facundo* naufragó en el astillero, su influencia fue definitiva en *El Renacimiento* y, de algún modo, se extendió hasta 1885, fecha de la fundación del Liceo Mexicano.

dad Literaria Rodríguez Galván (1878), la Sociedad Literaria Florencio M. del Castillo, de Monterrey (1878), la de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo de Gorostiza (1875-1877), la de Juan Ruiz de Alarcón, de Puebla (1875), otra del mismo nombre en la Ciudad de México, la Sociedad Filarmónica Mexicana –antecedente inmediato del Conservatorio Nacional de Música–, la Academia Mexicana correspondiente de la Española (1875), la restablecida sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1868)⁴ y el Liceo Hidalgo (1872).⁵ La preeminencia de estas dos últimas pone de relieve la figura de Altamirano, el Maestro y principal animador de ambas que, como anoté líneas antes, logró reunir a los más conspicuos, aunque rivales, escritores de entonces: Ignacio Ramírez, Francisco Pimentel, Guillermo Prieto, José María Roa Bárcena, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, José T. Cuéllar, Alfredo Chavero, Luis G. Ortiz, Manuel Orozco y Berra e Isabel Prieto de Landázuri, entre muchos otros autores de diferentes partes del país, aparte de algunos extranjeros. Sin embargo lo más significativo fue que no se quedaron en la tolerancia sino que se involucraron en el programa del nacionalismo del Maestro, cuyo manifiesto es precisamente *El Renacimiento*. Este impulso nacionalista tuvo altibajos posteriores, debido al proceso de pacificación política que se iniciaba y que repercutía en la vida de las agrupaciones culturales y por ende de las publicaciones. El Maestro se vio en la necesidad de dar un nuevo aliento a su proyecto cultural en 1885 ante el advenimiento de una nueva generación, por eso, al constituirse el Liceo Mexicano en ese año, él mismo señala el desánimo que había que vencer:

Efectivamente ha podido notarse en los últimos años que el entusiasmo por el estudio de las Bellas Letras decaía. Las agrupaciones literarias fundadas en otro tiempo, habían suspendido sus trabajos y morían de inanición. Ni un sólo periódico consagrado exclusivamente a las amenas tareas de la bella literatura, había podido subsistir y servir de órgano a los primeros ensayos de la juventud, ni a los trabajos más serios de los antiguos escritores. Reinaba un triste silencio en los dominios del arte.⁶

Este señalamiento permite observar el marco en el que se circunscribe la fundación del Liceo Mexicano así como su filiación al postulado liberal-nacionalista abanderado por Altamirano. Esta observación nos explica el porqué se le ha considerado apéndice del Liceo Hidalgo. Pero considerar al Liceo Mexicano mero apéndice de la añeja institución es una conclusión un tanto inexacta y simple.⁷ El Liceo Mexicano se

desliga de su antecesor en realidad a pesar suyo, porque sus bisoños integrantes se desenvuelven en una atmósfera muy distinta, libre de las pasiones y tensiones políticas que padecieron aquellos autores liberales que enfrentaron el reto del espejo, de la autodefinición. Cierto, los jóvenes asociados admiraban los trabajos de la distinguida sociedad y se proponían imitarla y ganar su protección, escribe, por ejemplo, Luis González Obregón:

...por esta Sociedad juvenil, que así como una planta humilde, nace y crece bajo la protección de una robusta y vigorosa, así nuestro Liceo se acoge bajo la sombra benéfica de la primera Corporación literaria de la República, del "Liceo Hidalgo", a cuyas sesiones asiste para instruirse y tener un modelo que imitar.⁸

Sin embargo las condiciones históricas no eran las mismas, el telón de fondo deformaba los desplantes románticos, el porfirato iba en ascenso y el proyecto cultural habría pues de modificarse sin violencia ni demasiada rebeldía. Este fue el papel y la trascendencia del Liceo Mexicano y las agrupaciones afines de esa década, catalizadores del nacionalismo, primero por la cantidad de brillantes jóvenes miembros que lograron reunir y segundo, porque fueron el espacio, el remanso del tránsito obligado de nuestra literatura hacia lo moderno y el mundo, es decir el aliño convencional necesario para salir de casa. El Maestro lo presintió: "aquel aparente olvido y aquel lamentable enervamiento van desapareciendo para dar lugar a una actividad febril que sin duda alguna marcará un progreso notable en nuestra marcha científica y literaria".

Los testimonios principales de la instalación del Liceo Mexicano se deben a dos de sus jóvenes fundadores, los más entusiastas y constantes, cuya fidelidad a la prédica altamirioniana caracteriza uno de los perfiles de sus obras: Luis González Obregón y Ángel de Campo. Testimonios escritos en igual tesitura porque en 1890 *Micrós* publicó *Ocios y Apuntes*, y Luis González Obregón se encargó de prologar este primer volumen de cuentos de su colega y amigo, el prólogo se convirtió en un espacio del recuerdo que De Campo recrearía a su vez, dos años más tarde, en un artículo publicado por *El Nacional* el 10 de enero de 1892, en ocasión de la aparición de *El México viejo* de su fiel amigo. Le retribuía la expresión de afecto y una justa ponderación del libro que, como supo advertirlo, sería el pasaporte que lo colocaría "a la altura de los Orozco y Berra y los Hernández Dávalos". Ambos testimonios se complementan con detalles que, narrados con sincera emoción, permiten conocer el nacimiento y carácter del Liceo Mexicano y su órgano de difusión.⁹ Dice *Micrós*:

⁸ "Memoria" *En El Liceo Mexicano* t. 1. no. 5 (Feb. 15, 1986), 37.

⁹ Alberto María Carreño (*El cronista Luis González Obregón*. México: Eds. Botas, 1938) confirma los testimonios citados: "En efecto: reunidos en la casa no. 21 de la calle de Ortega, hoy la 1a. del Uruguay, habitación de Luis González Obregón, y en una pieza que su amorosa madre les destinó al efecto, Luis, su primo Toribio Esquivel Obregón, Alberto Michel, Ezequiel A. Chávez, Ángel de Campo (*Micrós*), Manuel Mangino y Adolfo Verduzco y Rocha, constituyeron el *Liceo Mexicano* el día 5 de febrero de 1885. Basta mencionar estos nombres para darse cuenta de cómo aquel centro juvenil produciría más tarde notables hombres de letras en la Literatura Latinoamericana." p. 49 ss.

⁴ La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se fundó en 1833 y se logró su restablecimiento gracias a Altamirano en la fecha anotada.

⁵ El Liceo Hidalgo tuvo tres periodos: de 1850 a 1859, de 1872 a 1882 y de 1884 a 1889.

⁶ Introducción *En El Liceo Mexicano*. t. 1, no. 1 (Oct. 15, 1885), p. 1-2.

⁷ Perales Ojeda prefiere calificarlo como continuador: "Volvió a decaer el Liceo [Hidalgo] por el año de 1889 en que salió del país su principal animador, el maestro Altamirano. A la vez iba tomando preponderancia otra agrupación fundada por Luis González Obregón y otros escritores, que había de ser la continuadora del Liceo Hidalgo: El Liceo Mexicano Científico y Literario." *Op. cit.* p. 122.

Precedió a este proyecto como a muchos semejantes, una acentuada afición a la lectura de novelas, entre las que privaban las de Galdós y de Pereda, y a los versos de Peza y Díaz Mirón. Leíamos de preferencia a otros periódicos *La Libertad*, escrita en aquel tiempo por talentos de primer orden, y no faltábamos una sola vez a las sesiones públicas que celebraba los lunes el "Liceo Hidalgo" que atravesaba por un periodo de animación, como que llevaban la palabra en la discusión sobre literatura nacional el Maestro Altamirano, Don Vicente Riva Palacio, Don Francisco Pimentel y otros. Todo aquello reunido acentuaba cada día más el carácter de nuestras tendencias posteriores.

Por su parte Luis González Obregón recuerda:

Ahí (un gabinete pequeño de su casa) leímos mucho, durante aquel invierno y después durante varios años. Fumábamos sendos cigarrillos y apurábamos aromosas tasas de café. Nuestras lecturas predilectas eran los novelistas contemporáneos franceses, españoles, rusos, desde Zola hasta Tolstoy, desde Pérez Galdós hasta Turguenef, sin olvidar a los nuestros, a Fernández de Lizardi, Fernando Orozco, Justo Sierra (padre), al trascendente Facundo, a Guillermo Prieto y a nuestro inolvidable Altamirano.

Ahí soñamos, preparamos nuestros exámenes, pronunciamos nuestros primeros discursos, hicimos juicios críticos, escribimos los primeros ensayos y concebimos la idea de fundar el Liceo, santuario de nuestras glorias y de nuestros afectos. En esa época también, tuvimos ocasión de realizar uno de nuestros más vivos deseos: conocer el Maestro Altamirano.¹⁰

De esta manera, el 5 de febrero de 1885, Luis González Obregón y Ángel de Campo, de veinte y diecisiete años respectivamente, materializaban sus proyectos: la fundación de una sociedad literaria y el conocimiento y trato directo con el Maestro Altamirano para, ocho meses más tarde, culminar sus anhelos con la publicación de los trabajos de la agrupación en una revista propia.

Teniendo en cuenta que uno de los medios de darse a conocer, tanto al público como a las Sociedades hermanas, y de estimular a los socios, era publicar sus composiciones, resolvió la Sociedad dar a luz un periódico que le sirviese de órgano.

Vencidas todas o en su mayor parte, las dificultades con que se tropieza en México, al llevar a cabo esta clase de empresas, y contando una vez más con la ayuda de nuestros Socios Honorarios y Colaboradores, se logró ver publicado el 15 de Octubre de 1885 el primer número de "El Liceo Mexicano", el cual engalanó sus primeras columnas con una "Introducción" debida a la pluma de nuestro maestro, el Sr. Ignacio Manuel Altamirano.

El Liceo Mexicano. Periódico científico y literario, órgano de la sociedad del mismo nombre, consta de ocho páginas divididas en dos columnas; menciona en cada número a su cuerpo de redactores y colaboradores así como al director y al secretario en turno; se vendía a 6 centavos y tenía sus oficinas administrativas y redacción en la calle de Ortega número 21. En un principio fue impreso por Mena y Vilaseca, luego por Ireneo Paz y finalmente, y durante la mayor parte de su vida, por la oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, cosa que le permitió incluso cambiar su periodicidad inicial, de mensual pasó a ser quincenal. Determinante fue pues el mecenazgo del ministro de Fomento, general Carlos Pacheco, vía Altamirano-Ignacio Romero Vargas, según Alberto María Carreño.

La revista publicó, como lo señala González Obregón, preferentemente los trabajos de los socios presentados y discutidos en el seno de las reuniones tanto en prosa como en verso, y que lograban cierto mérito pues la lectura de las Memorias anuales descubre que muchos de ellos no fueron publicados. Por otra parte puede pensarse que las colaboraciones de los escritores ya reconocidos se publicaban sin reparos para ganarse prestigio y apoyo financiero que permitiera al Liceo continuar con sus trabajos.

Los principales animadores de la sociedad y por lo mismo de la revista fueron los recíprocamente llamados discípulos favoritos del Maestro: Luis González Obregón, Ángel de Campo, Ezequiel A. Chávez, Alberto Michel, Adolfo Verduzco y Rocha, Antonio de la Peña y Reyes, Rafael de Alba y Ramón Valle, entre otros. Durante los dos primeros años de vida del Liceo se publicaron trabajos de los arriba citados y de Francisco de Alba, Altamirano, Francisco Altes, Alberto G. Bianchi, Heriberto Barrón, José M. Bustillos, Ramón A. Castañeda, Pedro Castera, Fernando L. Echeagaray, Toribio Esquivel Obregón, Francisco Flores Gardea, Genaro García, Guillermo Prieto, Luis G. Rubín, Juan de Dios Villalón, Jacobo M. Barquera, Juan Leopoldo Bolaños, Joaquín Casasús, Manuel T. Corzo, Enrique Fernández Granados, Auguste Génin, Manuel Gutiérrez Nájera, Ramón Manterola, José María Roa Bárcena, Félix Romero, Enrique Santibáñez, Francisco Sosa, Eduardo del Valle y Guillermo Vigil. En los años siguientes figuran los nombres de Riva Palacio, Ignacio Ramírez y Fernández de Lizardi junto a los de Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina y Manuel Olaguíbel, lo que resulta significativo del carácter de transición de la revista. Como suele suceder en estos casos el número de trabajos de cada autor es muy variable, desde la fecunda y entusiasta productividad de sus redactores hasta la solitaria colaboración comprometida.

Para identificar la tendencia liberal-nacionalista que unía a los socios del Liceo Mexicano y que tantas veces proclama Luis González Obregón, basta leer muchos de los títulos de los artículos que aparecieron en su periódico: "Morelos en Tixtla" (Altamirano); "A Orizaba", "A Cuauhtémoc" (Bustillos); "Lejos del hogar" (Barrón); "Doña Josefa Ortiz de Domínguez", "El día de San Juan" (Micrós); "En el bosque de Chapultepec" (Castañeda); "La noche triste" (Chávez); "La literatura nacional", "La obra de Hidalgo" (González Obregón); "El pueblo tolteca", "Don José Mariano Beristáin y Souza"

¹⁰ Pról. a *Ócios y apuntes. La Rumba*. México: Porrúa, 1978, p. 5.

El Liceo Mexicano.

PERIÓDICO CIENTÍFICO Y LITERARIO, ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE.

DIRECTOR ADOLFO VERDUZCO Y NOCHA. SECRETARIO LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

REDACTORES:

Rafael de Alúa.—José R. Aspa.—Heriberto Barrón.—Ángel de Campo.—José Cárdenas.—Ramon Castañeda.—Ezequiel A. Chávez.—Ezequiel Obregón.—Francisco Icaza.—Alberto Michel.—Antonio de la Peña y Reyes.—Ismael Torrocano.

COLABORADORES:

Ignacio M. Altamirano.—Salvador Díaz Mirón.—Gonzalo A. Esteva.—Francisco Flores Gardón.—Joaquín González Vergara.—Pablo González Montes.—Juan Martín del Campo.—Juan de Dios Peña.—Rafael Ángel de la Peña.—Ramon Valle.

CONDICIONES.

Este periódico se publicará por ahora mensualmente.
Precio del n.º nuevo, 6 centavos.
La Redacción y Administración está situada en la calle de Ortega núm. 21.

INTRODUCCION.

—Algunos jóvenes estudiantes aficionados á las ciencias y á las Bellas Letras, acaban de reunirse en México, y de constituir una sociedad con el nombre de "Liceo Mexicano Científico y Literario." Esto no tiene en sí nada de muy particular y que deba llamar la atención; pero su tal suceso se relaciona con otros semejantes, como la reinstalación del "Liceo Hidalgo," en el que se encuentran los escritores más conocidos en México, con la inauguración del "Liceo Morelos" al cual concurren numerosos jóvenes con el objeto de cultivar exclusivamente la literatura dramática, con la instalación de otro "Liceo" fundado por ilustrados y entusiastas jóvenes en Cajaca, del "Liceo Morelos" de Toluca, del "Liceo Morelos" de Aguascalientes y con la formación, en fin, de otras muchas sociedades juve-

niles en varias ciudades de la República, puede verse claramente que se está verificando un movimiento literario inusitado en nuestro país.

Este movimiento es el resultado de una especie de reacción saludable y útil y que, debe ver con regocijo los que desean el adelanto intelectual en la patria. Efectivamente ha podido notarse en los últimos años que el entusiasmo por el estudio de las Bellas Letras decayó. Las agrupaciones literarias fundadas en otro tiempo, habían suspendido sus trabajos y morían de inacción. Ni un solo periódico consagrado exclusivamente á las apenas tareas de la bella literatura, había podido subsistir y servir de órgano á los primeros ensayos de la juventud, ni á los trabajos más serios de los antiguos escritores. Reinaba un triste silencio en los dominios del arte.

¿Cuáles fueron las causas de este silencio y del desaliento que parecía haberse apoderado de los espíritus? Pues fueron muchas y complicadas que sería prolijo enumerar. Pero el hecho consta y es indudable.

A veinte años de distancia de *El Renacimiento* los prosistas de *El Liceo Mexicano*, la mayoría con antecedentes académicos, trataron de ser más rigurosos o formales al seguir el proyecto altamiriano, sin embargo la retórica no se modificó gran cosa; subordina la ficción a lo moral con pretendida sutileza y la historia es análisis de costumbres y reflexión sobre lo nacional, *id est* la literatura como noble y eficaz medio de identificación de lo "mexicano". González Obregón escribe bibliografías y breves estudios de literatura, novela y novelistas mexicanos, de historia y héroes de la patria; Antonio de la Peña y Reyes, artículos sobre los jesuitas; Alberto Michel, relatos didácticos de zoología nacional; Ezequiel A. Chávez, acontecimientos históricos (versos épicos); Enrique Santibáñez, apuntes de cultura general; y Ángel de Campo traza tipos y cuadros de costumbres.

La sociedad del Liceo Mexicano desaparece luego de haber cumplido ocho años. Una semana después de la celebración de su octavo aniversario, el 13 de febrero de 1893, muere en San Remo, Italia, el Maestro Altamirano. La ausencia del magnánimo inspirador fue definitiva. No obstante, la expresión de la lección nacionalista dio una última bocanada: la segunda época de *El Renacimiento* que duró tan sólo seis meses, del 7 de enero al 24 de junio de 1894. Y así como en cierto modo esta segunda época de *El Renacimiento* fue una prolongación de *El Liceo Mexicano*, el Liceo Altamirano lo sería del Liceo Mexicano. De esta manera puede decirse —escribe Huberto Batis— que la segunda época de *El Renacimiento* cierra definitivamente el ciclo del segundo romanticismo. En ella se pasa la antorcha a *La Revista Azul*, que inauguraba el modernismo mexicano, con mayor vitalidad que la alcanzada por 'los que van a morir' [...] No preveía, por los escasos números que alcanzó a ver, cuál iba a ser la sana actitud de Gutiérrez Nájera, que supo mezclar a la literatura nacionalista el ingrediente foráneo que necesitaba para dar el poderoso siguiente paso de su desarrollo".¹²

La estética del nacionalismo ya había prestado los servicios necesarios y no satisfacía más las aspiraciones de los artistas que de pronto se sintieron ajenos al trajín del mundo y, por lo mismo, se lanzaban a explorar otros caminos. En consecuencia los grupos fieles a un credo preestablecido dejaron de ser el vehículo apropiado y así se explica que el Liceo Altamirano no prohiciera ninguna publicación y que sus sesiones fueran más sociales que culturales como lo recuerda Victoriano Salado Álvarez en sus *Memorias*.¹³

Finalmente es justo insistir en que la emancipación de la literatura mexicana se consiguió merced al censo levantado por Altamirano y sus seguidores a la realidad del país, de la restauración de la República a la afirmación del porfiriato. *El Liceo Mexicano* finiquitó dicho censo de tal manera que la relectura de sus páginas es una invitación al análisis y redescubrimiento de esta etapa clave de nuestras letras. ◇

(Peña y Reyes); "El sueño de Morelos" (Valle) y por la línea muchos más.

Los poetas finiseculares del Liceo Mexicano se esforzaban por estar al día, sin embargo, jóvenes todavía, ensayaron el romanticismo patriótico y dulzón heredado por la generación precedente. De aquí que lo escrito por Huberto Batis en torno a la poesía publicada en *El Renacimiento* de 1869 tenga cierta validez para el contenido lírico de *El Liceo Mexicano*:

Nuestros poetas se alimentan de los detritus del neoclasicismo y todos prolongan la línea ecléctica de una fusión de estudio e inspiración. [...] El romanticismo poético en México no fue belicoso. Hicieron crisis la poesía bucólica y la narrativa, y asomaron los primeros brotes de la poesía metafísica, la paisajística, la de metáfora sorprendente y la musical, tónicas todas a desarrollar en las siguientes décadas.¹¹

¹¹ Índices de *El Renacimiento*. México: UNAM, 1963, p. 88 ss. Las ideas fundamentales de este estudio fueron resumidas por su autor en la introducción a la edición facsimilar de *El Renacimiento*. México: UNAM, 1979, p. XIV ss.

¹² *Ibid.* p. 155 y XXIV.

¹³ *Memorias. Tiempo viejo-Tiempo nuevo*. México: Porrúa, 1985, p. 245-248.